



El arte silente

The silent art

■ Como profesión, la medicina estuvo mucho mejor considerada en Grecia que en Roma. Los médicos griegos formaban parte del grupo social constituido por los artesanos y muchos de ellos disfrutaron de la estima y gratitud de sus clientes. Por contra, los médicos romanos pertenecían a los estratos sociales más bajos, muchos eran esclavos griegos liberados (*servi medici*), y apenas si gozaron de reconocimiento social. En general, el ciudadano romano recelaba mucho de los resultados terapéuticos de la medicina de su época. Hubo que esperar a la destrucción de Corinto (146 a.C.) para que se produjese un éxodo de médicos griegos a Roma. A decir de Plinio el Viejo (23 a.C.-79), antes de tal éxodo, los romanos “habían permanecido durante 600 años sin médicos”. Esta desconfianza en la profesión también tuvo su reflejo en los literatos, para quienes los médicos eran poco más que simples charlatanes que, dependiendo de su suerte con los pacientes, cambiaban de profesión como quien se muda de camisa. Así, un epigrama del poeta hispano Marcial (40-104) referido a un tal Diaulus (un pobre diablo), describe que primero se dedicó a la medicina y, luego, condicionado por su falta de éxito en la profesión, tuvo que buscar su sustento en el negocio de las pompas fúnebres. Dice el poeta: “Hasta hace poco, Diaulus era médico; ahora es un enterrador. Lo que hace como organizador de sepelios, ya lo hacía antes como médico” (*Epigramas* 1,47).

Por su parte, las legiones romanas también tuvieron que esperar al influjo griego para poder ofrecer alguna clase de asistencia médica efectiva a sus guerreros. Aunque a los ejércitos del Imperio les cupo el honor de reconocer y organizar tan necesario servicio. Esta circunstancia, sin duda, ayudó a acrecentar el prestigio social en Roma, al menos, de los cirujanos militares. Por ejemplo, como nos recuerda Charles Aubertin en el texto que publicamos en este número, se sabe por *La vida de los doce Césares* del historiador Suetonio (70-140) del favor demostrado por Julio César y por Augusto para con los médicos; el primero los hizo ciudadanos, el segundo los exoneró para siempre de pagar impuestos. Fue precisamente en tiempos de Augusto (63 a.C.-14), primer Emperador romano, cuando los médicos militares adquirieron la dignidad de caballeros o de jinetes (*equites*). Para aquel entonces, el ejército empezaba a disponer de un cuerpo médico organizado.

En las legiones romanas se distinguía con claridad entre el soldado “herido” y el soldado “enfermo”. Estos últimos casi no existían, pues las tropas estaban bien seleccionadas y, por tanto, formadas por hombres recios, acostumbrados a las fatigas, reclutados en gran número en las zonas meridionales (sobre todo en

Hispania). Los heridos, siempre que se podía, eran trasladados para su mejor cuidado al *valetudinarium* u hospital. Cuando concluía el primer siglo o alboreaba el segundo de nuestra era, raro debió ser el campamento romano que no dispusiese ya de un hospital convenientemente dotado de médicos (*medici cohortis, medici legionis*) y de sus correspondientes ayudantes (*optiones valetudinarii*).

A los romanos siempre los recordaremos por su especial talento para el arte militar, la jurisprudencia y la ingeniería civil. A ellos les debemos, entre otros, el pavimentado de las calles, la planificación urbana, la ventilación de las viviendas, los acueductos, los baños públicos y los alcantarillados. Desarrollos que, aunque carentes de un claro propósito médico, tuvieron una enorme repercusión en la higiene privada y pública; además de suponer un gran beneficio para los legionarios destinados en los numerosos campamentos y fortificaciones que existían a lo largo y ancho de las vastas fronteras que separaban el Imperio de la barbarie. Pese a lo dicho, en el mejor de los casos, la medicina romana (en sus distintas facetas) solo puede considerarse como una rama o variedad de la medicina griega.

En uno de los pasajes más conocidos del final de la *Envida*, el poeta Virgilio (70 a.C.-19) narra cómo el héroe Eneas cae herido y es llevado a los reales por Mnesteo y otros combatientes. Allí, solicitan los servicios del anciano médico Iapis, discípulo de Apolo, que por más empeño que pone, no es capaz de extraerle la flecha. Entonces, Venus, para aliviar el dolor de su hijo, Eneas, mezcla agua y ambrosía con un trozo de dictamo y lo ofrece como medicina. Iapis lava la herida con el preparado e, inmediatamente, el dolor cesa, la hemorragia se detiene y la flecha se desprende por sí sola. El viejo médico proclama que la curación no ha salido de su mano, sino de un dios mayor (*Eneida*, 383-445). Sus habilidades como quirurgo, como practicante de un arte “silente”, no eran más que un mero regalo de Apolo (o el resultado de la ayuda ocasional de otra divinidad). De los tres grandes dominios de ese multifacético dios —la profecía, la música y la curación—, es solo en este último en la que no se utiliza la voz, por lo que su ejercicio era conocido como arte “silente”. Apelativo que bien sirve para recordarnos la oscuridad e inseguridad en la que se movió la práctica médica de aquellos tiempos.

* * *

Al igual que siempre, los que hacemos esta *Revista de Humanidades* agradecemos a los amables lectores sus comentarios y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de junio.

José Luis Puerta
jl_puerta@yahoo.com

Bibliografía: Garrison FH. An introduction to the History of Medicine. WB Saunders Co. 1960. Baird AV, Baird N. Military Medicos (www.hsl.virginia.edu/historical/artifacts/antiqua/).